

CONFERENCIA MAGISTRAL DEL SEÑOR PRESIDENTE DE MÉXICO CARLOS SALINAS DE GORTARI EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Heredia, Costa Rica, 10 de junio, 1992

Señor Presidente de la República;
Rafael Angel Calderón Fournier;
Señora Gobernadora;
Licenciada Rose Marie Ruiz Bravo,
Rectora de la Universidad Nacional;
Distinguidos invitados;
Jóvenes estudiantes;
Señoras y señores:

Es para mi muy grato encontrarme en esta gran Casa de Estudios que resguarda el proyecto en el tiempo, el humanismo, el espíritu democrático y la capacidad estratégica de desarrollo de la comunidad costarricense.

Hoy, la Revolución contemporánea de los conocimientos y de la calidad crea nuevos retos para las universidades, particularmente para las de nuestros países latinoamericanos.

En Costa Rica y México compartimos una gran tradición en la educación pública: en ambas naciones concebimos a la educación como instrumento secular de equidad, de libertades y de emancipación personal y nacional; el sistema educativo costarricense es orgullo y aliento de esta gran nación, resultado de la vocación democrática y pacifista de esta República que engrandece así su dimensión política y cultural.

En los últimos años, lo hemos visto, el mundo ha cambiado su geografía, los dogmas pierden su hegemonía, la homogeneidad ficticia se desvanece; se derrumba el arreglo de la Segunda Posguerra y se anuncia la unipolaridad política y militar, vecindad forzosa que determina en México un especial celo por su soberanía. A la vez contrasta una economía mundial multipolar, revolucionada por las ciencias y las tecnologías, creando zonas económicas que marcan ya el perfil del Siglo XXI.

Naciones como las nuestras no pueden esperar a que se consolide o cambie de nuevo el rostro del mapa mundial. O son parte o quedan fuera de la dinámica económica contemporánea y verían, como si fuera una larga noche de 100 años, posponer sus esperanzas.

Hoy, no hay más camino que desplegar activamente la defensa del Derecho Internacional en los foros mundiales y abrirse y vincularse a los nuevos centros del comercio las finanzas y las tecnologías; la alternativa, cerrarse al mundo, es arriesgar la viabilidad y la permanencia. Lo sabemos: no todos los países nos acompañarán, como ahora los conocemos, en el siglo XXI. Unos por cambiarlo todo han perdido el alma y su unidad; otros, sin medir los ritmos de sus pueblos, sin construir a tiempo los puentes de bienestar se fraccionan y se disuelven; otros más, aún se resisten al cambio y arriesgan, por ello, vivir tormentas de transformación. Por eso no puede haber titubeo para aprovechar las oportunidades.

Un tiempo de cambio de las dimensiones que vivimos, es, también, un tiempo de definiciones.

Hoy existe más comunicación y diálogo a nivel internacional, sin embargo, persiste la incertidumbre, resurgen viejas pugnas nacionales y étnicas. Puede preverse, también, escasez de recursos financieros por las nuevas demandas de las naciones en transición y la potencial recuperación de los países del Grupo de los 7. Aumenta el riesgo de que las zonas económicas se conviertan en bloques cerrados, haciendo renacer proteccionismos e incluso guerras comerciales.

Pero en esta circunstancia difícil la nueva realidad multipolar significa un espacio para que se exprese el potencial de las naciones con un perfil histórico propio; la mayor participación de las naciones, en el proceso de los nuevos arreglos mundiales, abre la posibilidad más certera de una cooperación internacional efectiva, más racional y respetuosa de las diferencias mundiales.

Ante los cambios del mundo México ha tenido que responder a una interrogante sustantiva: ¿cómo fortalecer, a final de este siglo y comienzos de un nuevo milenio, a nuestra nación soberana? Para responder nos hemos basado en el Ideario de El Liberalismo Social que tiene sus raíces en nuestra historia y cuyos frutos nos hablan del futuro; el Liberalismo Mexicano, del siglo XIX, ya se distanciaba de el Liberalismo Individualista. Y es en la gran Revolución Mexicana cuando encuentra su carta de expresión cabal al agregar los derechos sociales a las garantías individuales, como ordenamiento jurídico de nuestro Estado.

Hoy, es, precisamente, el Liberalismo Social el que permite a México, de cara a sus retos actuales y los del mundo, hacer la reforma de la Revolución. Este es el camino de los mexicanos como una vía propia que se deslinda del estatismo que anula libertades y del neoliberalismo que ignora la textura social y la demanda de justicia. Ni el populismo ni el neoliberalismo son posiciones que consideramos eficaces para lograr más justicia social y más libertad. Por eso para el Liberalismo Social la defensa de la soberanía establece las metas que perseguimos.

No creemos que la interrelación económica deba significar, necesariamente, la integración política; por el contrario, ratificamos la diferencia, la proclama neoliberal que elimina fronteras, que da por terminado el ciclo histórico del Estado-Nación no tiene cabida entre nosotros. Aceptar estas premisas sería abolir nuestra historia, identidad y proyecto. Pero tampoco aceptamos el aislamiento marginante que cancela oportunidades de desarrollo ante la nueva transformación mundial. No podemos actuar con las reglas del pasado cuando el proteccionismo creaba estabilidad.

Hoy, el proteccionismo que debilita la competitividad genera pobreza. México actúa para vincularse con el cambio mundial y la dinámica de los mercados, sin ceder en la autonomía de su Estado ni en la soberanía que establece nuestra tradición y orden jurídico. En las tareas que enfrenta México el Estado tiene una responsabilidad central: conducir con eficacia el rumbo de la nación. Por eso el Estado Mexicano no reduce su capacidad estratégica ni desatiende la solución de los rezagos sociales, ni las necesidades de los grupos más desprotegidos. Pero, tampoco se propone suplir, con burocratismos y propiedades, la creatividad y participación de la sociedad.

Rechazamos un Estado mínimo, que no dirige ni interviene, como lo quisieron los liberales; pero tampoco deseamos un Estado propietario y paternalista, como añoran los populistas. Mediante la reforma del Estado estamos construyendo un Estado solidario, comprometido, pero que estimula la corresponsabilidad de la sociedad para enfrentar los retos del país. Esta guía rectora tiene expresión en diversos ámbitos de la política, la economía y la sociedad.

El papel del Estado se orienta a promover la iniciativa de la comunidad con la capacidad de regular con firmeza las actividades económicas. La modernización integral de México se sustenta, esencialmente, en el establecimiento de nuevas relaciones entre el Estado y los distintos grupos y sectores sociales.

Vivimos un México político nuevo, donde surgen consensos reafirmados que perfeccionan las reglas de la competencia política y se continúa el diálogo como el mecanismo

privilegiado de dirimir diferencias afirmando lo que todos tenemos en común.

En lo económico una firme disciplina fiscal, la renegociación de nuestra deuda externa, el sensible abatimiento de la deuda interna y el consenso entre los sectores productivos ha permitido mayor estabilidad, abatir la inflación y lograr un crecimiento que durante tres años consecutivos ha prácticamente duplicado la dinámica demográfica.

La Reforma del Estado ha conducido el cambio en México, ha significado utilizar los bienes estatales para resolver las necesidades urgentes de las comunidades dentro de un marco de disciplina y de estabilidad.

Por eso, porque sus beneficios directos son con quienes menos tienen, la Reforma del Estado cuenta con el apoyo y el soporte popular. Así, solidaridad ha dejado de ser un programa de Gobierno, para ser una nueva relación entre la sociedad y el Estado, una manera distinta de hacer las cosas.

En solidaridad, la comunidad decide, vigila y ejecuta, y el Gobierno apoya. Es por eso un ejercicio de justicia para quienes tienen menos y es una revolución democrática, porque su dirección emerge de la propia comunidad.

La recuperación de la economía y el nuevo ánimo social, nos han permitido enfrentar dos prioridades de la vida del país. En el campo, el constituyente ha aprobado una reforma constitucional de gran aliento para llevar libertad y justicia a los campesinos.

La tradición de las luchas en el campo, y en particular las de la Revolución, generaron una gran reforma agraria para distribuir la tierra y proteger a sus moradores; pero el país creció y cambió. El reparto de tierra se volvió una obligación de imposible cumplimiento en una nación de 85 millones, cuando sí lo fue posible cuando éramos 15 millones ó 30 ó 50, y lo que fue protección se había convertido en desesperanza.

En el campo mexicano, hoy vive el 30 por ciento de la población, pero produce tan sólo el 8 por ciento del ingreso nacional. Esta es la medida del reto formidable que tenemos en nuestro campo y por eso hoy cambiamos para llevar libertad y justicia.

Los mexicanos hemos iniciado, también, la gran tarea de reformar nuestra educación desde sus niveles básicos. Vamos a renovar el contenido de la enseñanza para que así aprendan más y mejor su lengua, los conocimientos básicos y, sobre todo, la Historia Patria de nuestra gran nación.

Transferimos también presupuestos, patrimonio y facultades, a los Estados y Municipios. Ello corresponde al

Federalismo regido por nuestra Constitución, y otorgamos recursos adicionales a los Estados que muestran un mayor rezago educativo, para así homologar las condiciones educativas en todo el país y evitar disparidades.

La Reforma Educativa sustenta una mayor justicia social y capacidad estratégica para el desarrollo de nuestra Nación. Tenemos en la educación un reto formidable. Más de 25 millones de niños y jóvenes se educan hoy en nuestras escuelas. Por ellos cambiamos y para ellos mejoramos la calidad de nuestra educación.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Los Estados de América Central están decididos a asegurar la armonía en la región, indispensable para hacer productiva y valiosa la convivencia, la cooperación y el bienestar de sus naciones.

Hoy emerge una nueva etapa plena de retos aun, plena también de esperanzas y tenacidad; lejos del desaliento la región centroamericana se resuelve a conducir su futuro.

Las reuniones de mandatarios de la región, abren nuevas esperanzas de bienestar y ponen de manifiesto el valor del encuentro de voluntades para dirimir las diferencias en beneficio de los pueblos.

Es tiempo de dedicar nuestros mejores esfuerzos, y sumarlos, para demostrar los dividendos de la paz y la cooperación en nuestra comunidad cultural, en nuestra América Central, en nuestra América Latina.

Costa Rica, al igual que México, vive transformaciones con paz y libertad. Nuestras coincidencias y esfuerzos de complementación económica parten de nuestras afinidades culturales y políticas.

Por eso, hemos decidido sumar voluntades para promover la paz en la región y ahora estamos decididos a fortalecer nuestra cooperación, a fin de impulsar el desarrollo y elevar la calidad de vida de nuestros pueblos.

Vivimos ahora una nueva era en las relaciones bilaterales.

UNIVERSITARIOS DE COSTA RICA:

Entre la riqueza de nuestros intercambios, quiero recordar ante ustedes la obra de Joaquín García Monge, que durante muchos años, con admirable constancia, fue un lazo de unión entre intelectuales de toda la América Latina.

Nuestro Alfonso Reyes expresó de García Monge que parecía que él hubiera tomado a su cargo en el "Repertorio Americano" y en las anteriores colecciones "Ariel" y "El Convivio", el mantener y vigilar la estructura nerviosa que relaciona entre sí a nuestras repúblicas hermanas.

En efecto, él creo el espacio de una gran conversación americana. Debemos reconocer ese espíritu y reavivarlo en las letras y en las artes, en las disciplinas académicas, en los encuentros juveniles.

Pero debemos verlos también como el signo de los nuevos tiempos, de los proyectos productivos de las sociedades, de la competencia de nuestra región en todos los mercados mundiales. Esta es obra de integración que da hermandad en el diálogo y líneas para la acción.

Una modernidad sin pretensiones de uniformidad, que no anule ni restrinja las expresiones de los pueblos, deriva de la manera en que se realice el vínculo entre lo universal y lo nacional. Esta es una aspiración esencial en nuestra América Latina. Queremos perdurar en nuestra soberanía y con nuestros valores. Apoyar esta tarea es deber de nuestras universidades y de todos sus miembros. La riqueza que las culturas nacionales aportan a la nueva era, es fundamental para el fortalecimiento de una mejor civilización, más libre, equilibrada y justa.

México entiende el mundo contemporáneo como un desafío de futuro y una oportunidad para impulsar la cooperación. Para los hombres y mujeres de esta generación, es deber asegurar grandes y firmes pasos de sus nacionales hacia un firme progreso.

Sin duda, el papel de la educación es decisivo para el desarrollo. El de las universidades, particularmente, es ser semilleros de los cambios, de su interpretación, de la creación de herramientas para que así fructifiquen.

Con su aliento, las universidades le dan certidumbre a los cambios y sustentan identidad, tradición e historia en su propia nación. Este es, sin duda, el reto y la tarea que cumple la Universidad de esta gran nación.

Bienvenidos los universitarios a la tarea del cambio. Nos transformamos para darles a ustedes una nueva oportunidad, y a nuestras naciones un futuro de grandeza y el orgullo de la reafirmación de nuestra extraordinaria cultura.

¡Por los jóvenes y por nuestra Patria, juntos saldremos adelante!.